

## Huella de lectura de Derrida en Platón: sobre la práctica archivística

por Victoria Scotto  
(Universidad Nacional de La Plata)

### RESUMEN

Se propone una exploración de la cuestión del archivo, haciendo pie en las relaciones de poder instauradas por las figuras del arconte y el patriarca en un recorrido textual. Este recorrido comienza en *Mal d'archive* de Jacques Derrida y en el problema de su remisión del archivo a la *arkhé* griega. El vínculo de Derrida con Platón y su filosofía conduce a una puesta en crisis de la tradición como constructo. Se releen así una serie de huellas conceptuales en la obra de los dos filósofos para poder reconstruir una noción de archivo desde la filosofía y la filología.

ARCHIVO – DERRIDA – PLATÓN – ARCONTE – PATRIRCA

Desde hace ya más de veinte años la pregunta que encabeza el “Favor de insertar” que hace Jacques Derrida para su *Mal de archivo* se ha vuelto central para las humanidades: “¿por qué reelaborar hoy día un *concepto de archivo*? ¿En una sola y misma configuración, a la vez técnica y política y jurídica?” (1997: 1). La pregunta por el archivo y su definición no es sino parte de un proyecto de revisión de ciertos límites de respeto a una tradición legada que tanto en Europa como en Latinoamérica se busca sacudir desde las experiencias de construcción de identidad colectiva.

Buscar autores que resulten significativos o fundacionales al respecto es, en esta vasta materia, un acto fundacional en sí mismo, signo de la violencia de todo comienzo. Jacques Derrida lo explica muy bien en *De la gramatología* (1967): “hay que comenzar en cualquier lugar donde estemos, y el pensamiento de la huella, que no puede dejar de tener en cuenta la perspicacia, ya nos ha enseñado que era imposible justificar absolutamente un punto de partida.” (207). De hecho, el poner en evidencia esta “fundación” del comienzo mismo de un objeto de estudio, es efectivamente un gesto deconstruccionista. Es desde esta puesta en evidencia de la construcción del objeto que puede empezar a pensarse una nueva ciencia de los “comienzos” mismos de la cultura: una ciencia nueva, deconstruccionista, en torno al archivo.

El recorrido conceptual de este trabajo, entonces, se inicia a partir de *Mal de archivo*. Una impresión freudiana, y continúa con una mirada crítica acerca del modo en que Derrida construye tanto las fuentes como las tesis centrales que propone en este texto. El gesto crítico, sin embargo, termina por generar un desvío: en la fijación del “comienzo” del archivo, Derrida va a remontarse a la lengua griega y a toda su cultura y filosofía. Es desde allí que traza los parámetros de su trabajo. Esto es sumamente significativo: la presencia del pensamiento helénico en la definición deconstruccionista de archivo no solo abre un archivo propio para la “archivología general” que Derrida pretende fundar, sino que vuelve a poner en el centro de la cuestión a Platón, quien, aunque vilipendiado, no deja de aparecer ante cada mención del proyecto “anti metafísico” deconstruccionista. En función de elaborar y ejemplificar la construcción de este análisis crítico de nociones es que se desarrollará un comentario acerca del estudio de un caso concreto de construcción de una de ellas en el texto de Jacques Derrida. Como Derrida indica, comencemos por el comienzo. Dice en *Mal de archivo* (1997: 9):

*Comencemos por (...) la palabra «archivo» -y por el archivo de una palabra tan familiar. Arkhé, recordemos, nombra a la vez el comienzo y el mandato. Este nombre coordina aparentemente dos principios en uno: el principio según la naturaleza o la historia, allí donde las cosas comienzan -principio físico, histórico u ontológico-, mas también el principio según la ley, allí donde los hombres y los dioses mandan, allí donde se ejerce la autoridad, el orden social, en ese lugar desde el cual el orden es dado -principio nomológico.*

Los dos ejes que trazan la definición de “archivo” de Derrida logran instalar en una zona concreta, al menos observable, los agentes que influyen sobre la determinación y construcción del archivo. Derrida habla del “archivo de una palabra”: es decir, de la suma de impresiones que han sido privilegiadas y registradas de esta idea y que forman una noción, no un concepto, aunque se lo utilice como tal.

*Opongo aquí el rigor del concepto a lo vago o a la imprecisión abierta, a la relativa indeterminación de una noción semejante. «Archivo» es solamente una noción, una impresión asociada a una palabra y para la cual ni Freud ni nosotros tenemos ningún concepto. Tenemos solamente una impresión, una impresión insistente a través del sentimiento inestable de una figura móvil, de un esquema o de un proceso infinito o indefinido. (37)*

“Archivo” parece entonces ser para Derrida una suma de impresiones (quizás parientes de la *huella* en el “programa” teórico derridiano, tal como lo describe Gerbaudo (2013)) que cobran cierta institucionalidad a partir de que una figura política (el arconte) tiene la potestad para interpretarlas bajo una ley propia en un territorio propio. Como es frecuente en los textos de Derrida, y por fidelidad a su propia teoría, el sentido está diseminado y no reducido a una univocidad; sin embargo (fiel porque infiel) la diseminación de los sentidos forma constelaciones que eventualmente, con el paso de las horas, terminan por tornarse visibles.

Entonces, a lo largo de todo *Mal de archivo*, Derrida se encarga de trazar el “archivo” del archivo mismo, a través de una estrategia sólida de escritura. El “afuera” que define el archivo derridiano en la teoría se vuelve sobre su propio autor: construyendo a partir de la exterioridad que fija los límites, Derrida vuelve a hablar de la selección consciente con la que trabaja él mismo a la hora de trazar las fronteras de su teoría.

En primer lugar, Derrida elabora un origen de la palabra a través de un sucinto recorrido etimológico, con su propia selección de registros y nociones vinculadas a él, como se verá más adelante. En un segundo momento, sin embargo, propone una definición decisiva:

*“se dejó como imponer la palabra **impresión**. (...) Me preguntaba cuál sería el momento del archivo, si es que hay uno, el instante de la archivación stricto sensu que, vuelvo a ello, no es la memoria llamada viva o espontánea (mnémé o anámnesis), sino una cierta experiencia hipomnémica y protética del soporte técnico. (33)*

Resulta especialmente útil trabajar nuevas definiciones de archivo a partir de Derrida, fundamentalmente debido a lo pragmático y programático de sus definiciones. Y es de hecho desde ellas que va siendo posible construir una suerte de red nocional para pensar la filosofía bajo el signo de la deconstrucción.

De hecho la deconstrucción misma se funda en la propuesta de poner en tela de juicio el esquema binario de concepción del hombre y del mundo, esquema que Derrida (1989) adjudica a la filosofía platónica y a sus efectos en la tradición que luego fue forjando. Justamente es considerando esto que no puede evadirse la relación entre las teorías contemporáneas del archivo (entre las que cuenta y se destaca el aporte de Derrida) y el “archivo de tradición” en que se sostiene para desarrollar sus conceptualizaciones. Derrida (1967, 1972, 1993) insiste en que el archivo de la tradición cultural occidental es Platón.

*El “platonismo” no es solo un ejemplo de ese movimiento [de formación del texto], es el primero “en” toda la historia de la filosofía. Lo gobierna, gobierna toda esa historia, pero el “todo” de esta es conflictivo, heterogéneo, no da lugar más que a hegemonías relativamente estabilizables. En consecuencia, jamás se totaliza. En cuanto tal, efecto de hegemonía, una filosofía sería entonces siempre “platónica”. De allí la necesidad de seguir intentando pensar lo que tiene lugar en Platón, con Platón, aquello que se muestra en él, lo que se oculta en él, para ganarlo o para perderlo. (Derrida, 2011 [1993]: 74)*

Por lo tanto, al momento de esbozar una lectura de las nociones teóricas de Derrida es imposible evitar pensar en el recorte que hace de la historia. Si el archivo cultural metafísico occidental que hay que deconstruir es (o al menos comienza por) Platón, entonces aquellas referencias al “origen”, a la *arkhé* proveniente de la cultura de la Grecia clásica, parecen resonancias del origen la lengua de esa metafísica platónica.

Es por este motivo que se propone aquí una revisión de los conceptos griegos que estructuran toda la noción de archivo: *arkhé*, *árkhon(tes)*, *arkhéion* y *arkhálogia* remontan su raíz a la Grecia Clásica. Su lectura sugiere necesariamente la consideración de toda la tradición filológica de registro y traducción que sugieren. Y así son presentadas en *Mal de archivo*. El comienzo resulta especialmente interesante porque Derrida trabaja con nociones griegas de modo tal que sirven a su teoría, pero que a su vez acarrearán una visión parcializada de la cultura en la que surgen (visión que corresponde a la suma de impresiones que sobre ella se tienen). Un trabajo de fichaje al comienzo de esta investigación de hecho evidencia que las concepciones de *arké* y de *árkhon(tes)* que maneja Derrida se corresponden con los usos de Platón en algunas de sus obras dialogales (*Leyes*, *Fedro*, *Critón*, entre varios otros). De alguna manera, la noción de archivo es hablada desde la Antigüedad hasta Derrida, pero luego la lectura deconstruccionista la desplaza por diferentes temporalidades para aprehenderla, historiándola y volviéndola anacrónica a un tiempo.

Analizar desde Derrida esta perspectiva de construcción de la tradición y del archivo para definir el archivo mismo no tiene solo el objeto de comprender más acabadamente sus propuestas teóricas, sino sobre todo consigue aportar algo a esta teoría que se destaca entre otras por lo productiva que resulta para pensar el problema del archivo en la contemporaneidad. Para esto, sin embargo, quizás sea especialmente útil trabajar desde aquel lugar de la masa textual derridiana en la que las operaciones con la tradición quedan en evidencia.

En el comienzo de *Mal de archivo*, se propone un recorrido conceptual que traza una continuidad desde la *arkhé*, atravesando la locación de los mandatarios de la democracia ateniense, el *arkhéion*, hacia el *archivum* o *archium* latino, que ya posee, en el siglo II de nuestra era, el valor de “domicilio de los registros públicos”.<sup>1</sup> Sin embargo, en esta línea de pasaje relativamente convencional del griego al latín y del latín al francés, Derrida propone un salto conceptual que resulta especialmente complejo y definitivo: “Esta función [es] árquica (más bien, patriárquica)”. En un breve paréntesis, Derrida intenta salvar una distancia que va de la Grecia ática al comienzo de la tradición hebrea.

Sin embargo, la aparente equivalencia del paréntesis, sometida a examen filológico, hace precisa una distinción terminológica que subraye la distancia para nada irrelevante entre los términos. En la democracia griega, y pensándolo como un sujeto político, la *arkhé* representa una supremacía: se trata de una figura pública elegida democráticamente. Es un *primus inter pares* (pares masculinos adultos, ciudadanos libres con un cierto caudal adquisitivo) y guarda el bien público en un rol que es cercano a la función del *phýlax*, (regresando a Derrida, proponiendo al mismo Platón en *Leyes*)<sup>2</sup> el guardián o el vigía de aquello que está bajo su protección. Como magistrados, deben conservar lo que se les ha confiado hasta que deban desprenderse de su rol, y mandar dentro del territorio de la *pólis*, es decir: guardar la cosa pública bajo una topo-nomología.

Conocemos bien, además, los alcances y orígenes del “patriarca”: se trata de un concepto traducido del hebreo que proviene del Antiguo Testamento (Crónicas I, 27. 22) para referirse a los “primeros hijos” o “hijos principales” de Israel.<sup>3</sup> Luego va a ser utilizado *en*

<sup>1</sup> Desde el principio del siglo II, según indica el *Oxford Latin Dictionary sub voce* “archium”, “a public record office” es la definición privilegiada en la traducción de la primera epístola de Marco Aurelio a Cornelio Frontón (c.160). Luego esta definición va a ser retomada en el *Digestum* desde Ulpiano y va a ser la que privilegien los padres de la Iglesia al momento de escribir, como Tertuliano en su *Apologeticum* ya entrado el siglo III.

<sup>2</sup> Platón. *Leyes*. 772 a: “De todos estos asuntos los jefes [*árkhontes*] de los coros llegarán a ser no sólo los encargados y supervisores, sino a su vez los nomotetas y guardianes de la ley, con respecto a todo lo que nosotros dejemos en proceso de legislación”. La traducción me pertenece.

<sup>3</sup> Hay un elemento central en la cuestión de la traducción. El *Libro Primero de Crónicas* es uno de los últimos de la *Septuaginta* en ser traducido dado que se ubica entre los Libros Históricos. Su traducción es más cercana al siglo I a.C. que al comienzo de la traducción del Pentateuco (siglo III a.C.). La utilización de la traducción de la Biblia en

*composición* en griego recién en la “Carta a los Hebreos”<sup>4</sup> del siglo I d.C., para hacer referencia a la figura de Abraham en el Nuevo Testamento.

Hay dos elementos sumamente llamativos que se desprenden de esta diferencia: en principio, “patriarca” no es un concepto griego. Y en segunda instancia, la naturaleza del rol que designa, difiere radicalmente de la del *árkhon*: el patriarca no es una figura democrática en o absoluto. Este “primer hijo”, que se vuelve “padre de una patria” (en una burda traducción literal de *patriárkhes*) es una fuerte figura que, según el autor de *Mal de Archivo* trata de postular, puede determinar el porvenir de todo el archivo. Y este sujeto no resigna su autoridad después de un lapso de tiempo pautado: su lugar no es un puesto democrático (en sentido de abierto, disponible para ser ocupado por una multiplicidad de ciudadanos). El patriarca no es tal de forma circunstancial sino esencial: solo él posee esa investidura hasta su muerte, momento en el cual es sucedido. El peso de cada individuo que representa esta figura no se elimina completamente con el paso de sus sucesores: la idea de “obediencia diferida” de la que habla Freud en *Totem y tabú* (1913) funciona a la perfección en el texto de Derrida para explicar la influencia del patriarca en los sujetos de la cultura: “El padre muerto se hizo más fuerte que el hombre vivo que había sido, de acuerdo con el procedimiento psicológico tan conocido por nosotros en psicoanálisis bajo el nombre de ‘obediencia diferida’” (204). Este sujeto que suelta un peso muerto (literal) en el accionar de los vivos representa la potencia del patriarca para Derrida en *Mal de archivo*: lo significa en la medida en que sostiene una lectura única del archivo. Una vez que se ha instalado un patriarca, en él reside la verdadera interpretación el material archivado, sin que pueda abrirse a otros la lectura con el paso de los años, sin que deje de pesar su unicidad y la esencia del padre de la que está imbuido.

La pregunta que entonces regresa es por qué Derrida equipara a los *árkhontes* y sus funciones dentro del esquema de fundación de todo archivo y al *patriárkhes*. ¿Con qué tradición clásica está trabajando Derrida para poder vincular los sedimentos de un autor de la cultura ática con los padres de la tradición hebraica?

La hipótesis que se quisiera esbozar aquí tiene que ver con esta pregunta, y plantea que hay en el Derrida de *Mal de archivo* un doble gesto de impresión, de instalación de una huella de lectura en el cuerpo del archivo de Platón. En primer lugar, y dentro de la elección de silencio y operación sobre la tradición, Derrida trabaja con palabras de la Grecia clásica en acepciones bien específicas. Ya para muestra basta *arkhé*, y lo mismo hace con “impresión”, “arqueología”, “fármaco” y otros en otras zonas de su obra. Estas palabras pueden estar vinculadas al tratamiento que de ellas hace un autor específico (en este caso Platón) alejando el foco de conocimiento de la tradición de la que parte. Esto es: para hablar de *arkhé* comienza por decir “comienzo” y termina diciendo “patriarca”. De este modo, propone (o impone) acercamientos a los conceptos, sometiéndolos a un proceso de inyunción (el procedimiento [*injonction*] del que habla en *Espectros de Marx*) de sentido con el fin de ajustarlos a su dispositivo teórico. Es decir: en el primer gesto de impresión, Derrida rechaza los modos instalados o tradicionales de maniobrar con los conceptos para elaborar nociones: recorta definiciones, manipula fuentes.

El segundo gesto de impresión avanza a modo de palimpsesto por debajo del primero: Derrida trabaja sobre un archivo de Platón, sobre un archivo de la tradición clásica, esto es, sobre una sumatoria de impresiones repetidas e instaladas de un pasado fechable pero improbable. En el esfuerzo por avanzar en su propuesta crítica con respecto a la Antigüedad Clásica, no denuncia la construcción de un archivo sobre el que trabaja y que no corresponde a los documentos que podrían considerarse originales, fundadores de esa cultura, sino a la

---

hebreo y arameo que inserta nociones inexistentes con anterioridad en la lengua griega no deja de ser un acto de interés: en primera instancia, los conceptos de *arkhé* y *akhépolis* por un lado, y de *patér*, *páis* y *patriá* por otro, trejen una red lingüística particular, que es preciso considerar dentro de la caída política del helenismo y del debilitamiento general de las estructuras morfosintácticas y lexicales características de los principales dialectos griegos debido a las situaciones de contacto para comprender cómo y por qué logra recibir y sostener al “patriarca” judaico; en segunda instancia, el de “patriarca” es un concepto eminentemente hebreo, conocido por todo Occidente por una forma griega que si bien lo permite, no lo acuna. De modo tal que la operación de lectura, bajo la dureza de la mirada filológica rigurosa, se vuelve más notoria: Derrida, después de contextualizar en la Grecia Clásica su “archivo”, lo atraviesa por otra tradición que también se sirvió de la lengua griega para instalarse sobre Europa y luego sobre todo Occidente.

<sup>4</sup> Hebreos 7, 4

impresión que de ellos nos han legado filólogos eruditos mucho más cercanos en el tiempo: especialmente, aquellos encargados de la fijación del archivo ático para Europa, fundado especialmente desde el siglo XIX, con la instalación de los diccionarios, traducciones, ediciones y lexicones canónicos.<sup>5</sup> Así, afirmando sistemáticamente este modo de tratamiento del tema, Derrida instala una impresión sobre una impresión (y por lo tanto, un archivo sobre un archivo) acerca de la noción misma de archivo. Entonces, el segundo gesto de impresión, si el primero se revelaba contra los modos tradicionales de hacer filología, suscribe a la instalada tradición de trabajo textualista con imágenes de imágenes de los documentos.

Ambos gestos de impresión son precisamente inscripciones: Derrida graba una huella propia en la lectura de Platón que, para la posteridad, ya no puede borrarse de encima. Recrea su archivo, lo recorre dejando una estela en cada ida y venida temporal de sus términos que, alterados, alimentan su programa nocional, a tal punto que los conduce hasta el trabajo con la teoría psicoanalítica. Se trata de un gesto, una marca que permanece en el archivo de Platón para sus analistas del siglo XXI como una huella imborrable de una lectura que lo ha dejado nuevo, transformado.

La filología tradicional ha estado históricamente ligada al trabajo erudito minucioso en busca de una marca, una huella de pasado en los registros documentados de ese tiempo perdido que se pretende recuperar. Esta perspectiva que larguísimo tiempo se encargó de la filología clásica, ¿no tiene quizás algo para decir acerca de esta filosofía contemporánea que pretende sacudir los cimientos de toda ciencia y fundar disciplinas nuevas, críticas, venideras, democráticas; una archivología general que “en verdad determine de parte a parte lo político como *res publica*. [Sin dejar] ningún poder político sin control del archivo, cuando no de la memoria.” (1995: 12 n.)?

Si algo demuestra una breve reseña del seguimiento filológico de una noción trabajada por Jacques Derrida es que ni siquiera una referencia etimológica puede ser pensada de manera inocente. El excursus acerca de la construcción del archivo de un autor tiene por fuerza que remitir a una disciplina a fundar, como indica el propio Derrida, por-venir: la archivología [*archivologie*]. Pensar el archivo, la archivología, la tradición, como “nociones”, es parte del aparato metodológico de Derrida para instalar zonas de elaboración teórica siempre en formación. Y desde estas instalaciones es que Derrida concibe una nueva práctica archivística: desde la teoría y la crítica de los conceptos, desde una apropiación de aquellas “impresiones” que la tradición nos ha dejado de los autores, desde el acercamiento analítico a esas “impresiones”, a esos archivos, y no hacia el documento inalcanzable, hacia la virtualidad arquetípica. Define el objeto de la filología pensándola como una práctica asociada a una tradición textualista, de trabajo con las ediciones de los textos “originales”, de trabajo de consolidación de la tradición.

Derrida no es un filólogo (ni le interesa serlo): es un filósofo que elabora teorías sobre la filología, y lo productivo del análisis que aquí se propone es precisamente trabajar sus textos con la apertura que proponen, para ellos mismos y para una tradición de cuyos avatares tienen conciencia. Sin embargo, la Filología como disciplina, como modo de acercamiento disciplinar a un objeto de estudio, tiene algo para decir en la definición de su pregunta más propia, la pregunta por el archivo. Es justamente a través del tratamiento filológico de los archivos que puede observarse el carácter teórico del constructo que es la tradición de la cultura occidental. Antes de retirarse a la mera crítica, a confiarle a Derrida el trabajo de dejarnos solo con impresiones, es preciso volver a acercarse a los textos, tomar aquello que sigue vigente del trabajo filológico que nos propone la tradición textualista. No es posible sino desde este enfoque comprender que tratamos con impresiones de impresiones, huellas frecuentemente muy hondas, íntimas, grabadas en la piel de la propia identidad para definirnos como sujetos de la cultura. Es desde la filología que puede comprenderse la necesidad de mirar la virtualidad del pasado y

---

<sup>5</sup> Hay una consideración que es necesario aclarar: se evidencia en el primer acercamiento al texto en su original, que Derrida trabaja, a la hora de escribir *Mal d'archive*, con el *Dictionnaire Grec* de Anatole Bailly. Esto se puede ver directamente en el orden, vocabulario y disposición con los cuales define los conceptos griegos de *arkhé*, *nómos*, *oikos* y *arkhéion*. El peso que tiene este diccionario es en todo sentido producto de haber sido parte del comienzo de la tradición filológica (clásica) en Francia en el siglo XIX.

sacudir los cimientos de sus falsas impresiones para evitar el “mal de archivo” que enferme, a través de sus “bellas máscaras”, el deseo de construir un pasado por-venir.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Bailly, Anatole (1901). *Dictionnaire grec-française*, Paris, Hachette.

Derrida, Jacques (1971) [1969]. *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Derrida, Jacques (1975) [1972]. *La diseminación*. Madrid, Fundamentos.

Derrida, Jacques (1989). *Del Espíritu. Heidegger y la pregunta*, Valencia, Pre-textos.

Derrida, Jacques (1995). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. Madrid, Trotta.

Derrida, Jacques (1997) [1995]. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Trotta.

Derrida, Jacques (2011) [1993]. *Khora*. Buenos Aires, Amorrortu.

Gebauo, Analía (2013). “Archivo, memoria y políticas de la exhumación.” Goldchluk, Graciela y Pené, Mónica (cords.). *Palabras de archivo*. Santa Fe, Editorial de la UNL.

Lewis, Charlton T. y Short, Charles (1879). *A Latin Dictionary*, Oxford, Oxford University Press.

Liddell, Henry G., Scott, Robert y Jones, Henry S. (1940). *A Greek- English lexicon*, Oxford, Oxford University Press.

Platón (2004). *Fedro. Fedro y Fedón*, Madrid, Alianza Editorial.

Platón (2006). *Critón*, Buenos Aires, EUDEBA.

Platón (2009). *Leyes*, Buenos Aires, EUDEBA

Rahlf's, Alfred y Hanhart, Robert (eds.) (2006). *Septuaginta*, Stuttgart, Deutsche Bibelgesellschaft.

Serafín de Ausejo (ed.) (1975). *La Biblia*. Madrid, Herder Editorial.